

## Camisa blanca

*Presentación, por Federico Ysart*

Un personaje importante, de todos conocido, me hizo una pregunta que me sorprendió más de lo que ustedes puedan imaginarse. Fue hace bastantes años, tal vez dieciocho. Después de tomar una copa pasábamos a cenar al comedor de casa cuando me preguntó: “Dime una cosa ¿cómo fue lo de los Pactos de la Moncloa?”

Aquello me curó de espantos, y desde entonces he sido consciente de que nadie está obligado a saberse la Transición. Es más, visto lo visto, parece que algunos de los que la vivieron o estaban entonces distraídos o ahora se sienten arrepentidos.

Pero estoy convencido de que hoy una gran mayoría de españoles añora aquella forma de hacer política, hartos de la vivida en el último decenio.

¿A quién le gustan los frentes que genera una política radical, sin sentido ni sensibilidad?

¿Cuántos españoles quieren vivir en una sociedad rota, desvertebrada, sin anclajes firmes?

Es esa mayoría que valora la libertad con la pasión que Cervantes puso en boca de don Alonso Quijano – aquello de

*“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida”-...*

Es esa mayoría que valora la vida, y la justicia, la solidaridad y la igualdad, y el mérito...

Pues de esa gran mayoría Esteban González Pons parece dispuesto a ser su Tirant lo Blanc, su caballero andante presto a cuanto sea menester.

Aquel mito valenciano recorrió medio mundo, desde Inglaterra hasta el Cairo pasando por Francia, Túnez, Bizancio... de gesta en gesta; enamorando, peleando, liberando... En Jerusalén se encuentra nada menos que con el Rey Arturo... la leyenda artúrica, Camelot... ¿No fue la Transición nuestro Camelot particular?

Si Esteban no hubiera tenido entonces 13 años ¿qué habría hecho en aquella corte de milagros, dónde habría estado? La respuesta está en el libro que presentamos. González Pons, sobre todo, persona; es un político, y es de centro.

Conociéndole a él, y habiendo vivido aquella aventura, le veo buscando consensos sin dejar de llamar al pan pa y al vino vi.

Puedo imaginármelo celebrando cada paso que hizo el camino a la democracia.

Desde aquel primer encuentro entre Adolfo Suárez y Felipe González, agosto del 76, un piso de la calle del profesor Waksman en Madrid, o el de Suárez con Santiago Carrillo, febrero del 77, en el Camino viejo de Majadahonda, de Pozuelo.

Y también puedo verle como diputado de aquella UCD, ofreciendo su brazo a la Pasionaria o tomando café con Alberti hablando de puentes con los que acercar las dos orillas, *la riva bianca, la riva nera* que cantaba Iva Zanicchi...

La Transición está llena de músicas, de canciones convertidas en jingles como aquella Libertad sin ira, ¡Esteban!... *“los viejos decían que este país necesitaba palo largo y mano dura, pero*

Jarcha sólo veía gente muy obediente hasta en la cama, gente que sólo quiere vivir su vida sin más mentiras y en paz... Libertad, libertad, sin ira libertad..."

Fue como el himno de la Transición.

En fin... cosas de mitómanos. Y Esteban es también un mitómano, en el mejor sentido del término.

Como el Woody Allen de "Sueños de un seductor" -que se desdobra tomando su otro yo la forma del Humphrey Bogart de "Casablanca"-, Esteban decidió este año contarnos su interior, dar testimonio de lo que piensa, de lo que siente, de en qué cosas cree. Algo así como si Tirant lo Blanc quisiera contarnos la realidad de su propio autor, del Joanot Martorell, caballero valenciano también, que en el siglo XV corrió casi tantas aventuras como su personaje.

Creo que así nació "Camisa Blanca", de la necesidad de contarnos su autor cómo es por dentro ese tipo que ha venido ejerciendo de portavoz del Partido Popular, después de haber sido senador no sé cuántos años, y consejero de la Generalitat valenciana, y diputado -cosa por cierto que quiere seguir siéndolo-.

*"He intentado con este libro levantar la visera de mi celada y permitir que vieseis mi cara"* (p.234), dice en la penúltima página de este su viaje.

Esteban o Tirant, Tirant o Esteban, qué más da... Es el apuesto joven que hace un par de semanas tuvo el acierto/arrojo de decir que los mediadores buscados por el MLNV no tenían puñetera idea de lo que es España.

Pero vamos al libro, acompáñenme a rebuscar en sus páginas algo que nos alegre la vida.

*"He querido pintar un autorretrato"* (p. 14), dice y

-¿Saben qué es lo primero que muestra?

-Profesionalidad.

Es una de sus claves; y está en el título: es la camisa blanca con que su abuelo y su padre visitaban a sus pacientes. La camisa blanca como instrumento de trabajo: *"desde mi primer campaña siempre me he dirigido a los electores con camisa blanca. Mostrando respeto."* (p.15)

Qué gusto, ¿no es cierto?

Y a partir de ahí, Esteban se retrata con perfiles que dibujan el centrismo político. No lo hace con las grandes pinceladas de un tratadista; lo hace puntillosamente, como el impresionista de pincel afilado que saca de la paleta los mil diversos colores que definen un mundo plural, diverso y cambiante; un universo a la espera de un buen intérprete, de alguien que sepa extraer de él todas sus capacidades.

Esos perfiles no son cosa del pasado, como los libros de caballerías. Los tienen aquí, en estas páginas, donde se lee, por ejemplo, que

*"Ganar unas elecciones da derecho a gobernar, pero no de cualquier forma; confiere la oportunidad de cumplir un programa, pero no sin negociarlo"...* porque *"El poder democrático es poder del pueblo, del pueblo entero y no simplemente de su mayoría"* (p.50).

Una mentalidad centrista piensa que hoy *"la democracia debe satisfacer expectativas plurales e interculturales de millones de individuos que, para identificarse bien, tienden a distinguirse"*. (P.51)

Pero el centrismo no es simplemente quedarse en medio del camino, eso que la Thatcher veía *muy peligroso porque, te atropella el tráfico de uno y otro sentido*".

No; porque el centrismo no es estar, es ser; o es reformista o no pasa de ser una máscara hueca para ocultar las arrugas de viejas ideologías.

Y puestos a reformar, nuestro caballero no tiene empacho en escribir que después de 30 años hay que repasar los grandes textos, incluida la Constitución de la Concordia. Esteban: que sea para eso, para restaurar la concordia.

Cuando llegué al capítulo titulado "Un valenciano en el centro" recordé a Fernando Abril, valenciano hasta la médula, uno de los pilares básicos de la Transición, de quien tanto aprendí, como amigo y trabajando a su lado en el Gobierno. Y a otros valencianos, también fallecidos, como Chimo Muñoz Peirats o Enrique Monsonís, presidente del Consell preautonómico de la Generalitat. Ambos liberales, estirpe entonces tan exigua porque el franquismo no fue caldo de cultivo apropiado, como sí lo fue del sindicalismo asilvestrado que aún pagamos.

Pues bien, nuestro hombre se proclama "liberal de tomo y lomo" (p 74).

No sabe si es "un liberal puro, clásico, ecológico, republicano o doctrinario". (p.75) Yo añadiría que es un romántico empedernido, presume de librepensador filántropo, pragmático. De izquierdoso nada tiene. Y no quiere que le salve nadie, como tampoco él pretende salvar a nadie.

Suena bien, ¿cierto?, pues con mimbres similares tejimos hace treinta y cinco años el tinglado que ha sustentado nuestra convivencia este tiempo, mal que bien.

Escribí hace más de un año, quizá dos, que teníamos instalado en la Moncloa a un presidente afanado en aflojar cada día un tornillo de ese tinglado sobre el que vivimos. Parecía como si nada pasara,... pero los efectos de tal desvarío han dejado un país éticamente asolado, económicamente arruinado y dividido interiormente por falta de un horizonte común.

No estamos en la situación del año 76, pero es urgente reparar tanto destrozo, limpiar los malos humores nuestra sociedad. Después del paso del gobierno más irresponsable que la democracia parió, hoy es fundamental la vuelta al centro.

Hay que reencontrarse, dialogar, buscar comunes denominadores que liberen las capacidades del país; hay que activar las energías disponibles al servicio del bienestar común.

Nuestro caballero andante comienza su Credo diciendo que "España necesita recuperar el espíritu de la Transición y, para eso, resulta imprescindible que se escuche más fuerte a los políticos que a sus partidos" (P. 231).

Bien. Ojalá sean pronto amortizados los silentes, los del "sí señor, usted me manda, que grande sos presidente"... Sí, por algún sitio hay que comenzar a cambiar el sistema de selección de nuestros diputados y gobernantes.

Tenemos unas elecciones en ciernes que ojalá cuajen en la recuperación del centro.

La actualidad no resiste el corsé de las ideologías de clase; hoy más que ayer es cierto aquello de Ortega de que *"Ser de izquierdas es, como ser de derecha, una de las infinitas maneras que el hombre puede elegir para ser un imbécil: ambas, en efecto, son formas de la hemiplejía moral..."*

Porque hoy todo es más diverso, más complejo y sutil como para resolver los problemas a golpe de propaganda, de prejuicios, de seguridades ridículas sin un sistema de ideas

coherente. De ahí la virtud del justo medio aristotélico de la “Ética a Nicómaco”, de superar el exceso y el defecto.

El centrismo significa hablar, hablar y hablar, desterrando la mentira, la demagogia y marrullerías que fomentan la ruptura, cuando no el odio entre españoles.

Que Esteban y compañeros mártires –porque lo que les espera no es para menos- se afanen en ello no significa que las sevicias desaparezcan del paisaje. Siempre quedarán pequeños iluminados empeñados en sembrar cizaña.

A esos, oídos sordos; las metas no se conquistan mirando acá y allá, sino al frente, a delante. Pensarán que es más fácil de decir que cumplirlo, pero puede hacerse. Porque se hizo.

Además de determinación es preciso tener claros los ejes del cambio. En aquella vieja historia de la Transición fueron cuatro: la soberanía popular, la vertebración política y social, la modernización económica y la estructura del Estado. Tal vez las dificultades de aquella tarea facilitaron la concertación precisa. Tal vez, pero para concertar lo fundamental es saber lo que todos pretendemos, dónde cada cual pone sus líneas rojas, y hablar, hablar, hablar hasta conseguir que todos se salgan con la nuestra.

Hoy son otras, demasiado apremiantes también, las cuestiones a rearmar y reformar, y el libro cita varias. La experiencia dicta que el secreto estriba en hablar claro desde el primer día. Porque la sociedad sabrá responder.

Esteban González Pons y todos ustedes saben por qué:

Porque tras la experiencia sufrida durante los últimos años la gran mayoría de la sociedad española se va a sentir cómoda en el centro, ese espacio vivo que da y quita el gobierno. Los pone cuando se siente en peligro; los echa cuando los elegidos crean el caos o simplemente se salen por peteneras, como la alianza de civilizaciones, la memoria histórica, o la puesta en cuestión de la identidad nacional.

En aquella historia tuvimos un líder connotado para serlo. Pero puedo dar fe de que no siempre se sentía cómodo en ese papel. Por encima del halago que el calor de la gente suscita en todo político, vi a Adolfo Suárez retraerse para dar cauce a otras voces y miradas dentro de la UCD. Incluso llegó a hacerlo generando en el PSOE la alternativa necesaria para la alternancia parlamentaria.

Pienso desde entonces que el secreto del liderazgo está en una idea que Henry Kissinger deja en sus Memorias: *“El deber del estadista es tender un puente sobre la distancia entre su visión y las experiencias de su nación. Las cualidades que distinguen a un gran estadista son la intuición y el coraje, no la inteligencia analítica.*

*Debe tener una concepción del futuro para dirigirse hacia él mientras todavía está oculto para la mayoría de sus compatriotas. Pero si él marcha demasiado delante de su pueblo, perderá su mandato...”*

Creo que así son las cosas. Como también pienso que este no es tiempo de liderazgos carismáticos sino de aplicarse a las tareas.

El centrismo es concreto, realismo, el gobierno de donde estamos para llegar a donde queremos estar. Y para eso creo que estamos en buenas manos: “Pertenezco a una generación que nunca ha fallado. Y que no va a fallar” (P.87), dice Esteban lo Blanc. ¿Qué más queremos, pues?

Yo sí quiero, Esteban, pedirte cuatro cosas para terminar, porque

- Hay gente que dice que todo seguirá igual, gane quien gane el 20-N.  
- Explicadles por qué no será así.
- Hay gente que dice que un gobierno popular no se atreverá a poner en marcha los ajustes necesarios y con la dureza precisa.  
- Demostradles lo contrario, desde el primer día de Gobierno.
- Hay mucha gente que teme que vuestra llegada al poder desate una ola de protestas, huelgas y vandalismo.  
- No renunciéis nunca a la palabra, a la fuerza de las palabras. Ni a defender los derechos de la mayoría.
- Y hay mucha más gente que quiere ver resueltos los problemas creados por las tribus que atribuyen a sus territorios los derechos que corresponden al ciudadano.  
- Haced política, suscitad confianza y enfriad las cuestiones candentes, cosa que, por cierto, tu presidente ha demostrado saber hacer.

En fin, devolved a España el pulso de una sociedad de personas libres, moderna, cada día más culta y próspera, más justa y solidaria. Esteban, ¡es lo nuestro!

Que la suerte te acompañe, amigo. No será difícil porque la verdad es que así lo viene haciendo. Además de tus millares de votantes, compañeros, y amigos del alma, están los hijos, tu pequeña Ñus y está el amor de Piluca, ¡tu Carmesina particular!

Querido Tirant González Pons, he recomendado tu libro a mucha gente, ¿sabes por qué?

-Porque conocerte merece la pena. ¿Verdad, Piluca?

Gracias, y a leer.